



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 15 DE OCTUBRE DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

Nostalgia Cervantina

UNA VISITA EN ROCINANTE
OLGA DE LEÓN

A unos días de que iniciara el Festival Cervantino, corrió la noticia de que vendría el ingenioso hidalgo en lugar de su creador -por encontrarse dolido del brazo lastimado en Lepanto- a recoger la presea que cada año se ofrece en honor y talante de Cervantes, desde que tal evento sucede por estas tierras de América. Lealtad mexicana al español creador de la novela moderna, la que por acá se la ha acogido con profundo reconocimiento. Tierras, las nuestras, por las que con ganas se quedara don Miguel de venir a conocer y a vivir: América: y no lo siguió.

A mi me buscó una amiga, con quien ha más de cuarenta años visitara la mágica ciudad para asistir a un Congreso.

-Soy Dalila, ¿me recuerdas?

-¡Claro!, si nunca te has ido. Qué gusto escucharte. Cuántos años... No importa, me alegra oír tu voz.

-¿Irás al Cervantino?

-No lo tenía contemplado, ando un tanto apurada con sacar algunas cosas, tú sabes, entre dar clase, revisar, escribir, editar... ¡Claro que iré, si tú vas!

No sé si escuché bien, pero me pareció oír suspiros e incluso un sacudir la nariz. Tosí para hacer notar mi espera; ella carraspeó y añadió:

-¡Qué bueno! Hice preparativos.

Ahora, yo invito. Ya tenemos hotel y también tickets para varios eventos, espero sean los que tú preferirías, si no, pues vamos a otros... Mientras esta nostálgica pervivencia de una amistad que se amputó sin intervención de ninguna de las partes, sucedía realmente, por esos avatares del destino, en el escenario del Teatro Juárez todo era prisa y carreras, afinando detalles, viendo en qué momento entraría el fantasma, ya de don Miguel o el de su famoso personaje, quien le diera a aquel, mayor trascendencia en el mundo.

Llegamos un día antes de que iniciara el Festival Cervantino. Perfecto para una callejoneada después de la cena y un vinito en la plaza o en el bar de costumbre, del que su dueño era primo de mi amiga.

Caminamos bajo los puentes y sobre el empedrado, delante las estudiantinas con los músicos vestidos a la usanza de fin del siglo XVI. Todo parecía muy prometedor: dormimos hasta cerca del medio día. Cuando desperté, fui la primera en dar el salto de la cama con la intención de alistarme para salir.

Solo una cosa no encajaba en mi percepción: qué hacía Sancho tirado a los pies de nuestra cama, abrazado de un pobre rocín y en el que sobre cierta parte carnosa, de la poca que tenía, apoyaba su cabeza y dormía profundamente.

Debe ser uno de esos personajes que forman parte de la escenografía del festival o de alguna representación teatral que se presentará más tarde, pensé. No tenía con quien compartir aquello que parecía una alucinación: mi amiga no estaba en el cuarto, ¡ni parecía que lo hubiera estado nunca!

Comencé a dudar de mi buen juicio: con quién vine a Guanajuato, me pregunté en silencio; ¿qué hago aquí? En realidad, ya mi mente tenía demasiadas preguntas agolpadas y no salían todas,



solo nublaban mi razón. Me senté al borde de la cama, no sin antes cerciorarme de que nadie más estaba en el cuarto, ni en el baño, ni debajo de la cama.

Y, Sancho, seguía dormido. ...el pobre caballo viejo y flaco, también. ¿Mis pensamientos harán ruido? Seguramente solo yo sentía bullir mi cerebro y sudaba en forma poco acostumbrada, ¡como nunca!, menos por esos meses y en una ciudad cuya temperatura era realmente fresca. Fui a asomarme por la ventana del segundo piso en donde estaba alojada. Afuera era otro mundo, más parecido al siglo XXI que al que dentro del cuarto se percibía.

Decidí darme una ducha y esperar a que, cuando saliera, Sancho y el rocín no estuvieran y mi amiga me llamara para que bajara a desayunar con ella en el restaurante del hotel. Esto último lo dudé; sabía que Dalila era muy dormilona, pues solía desvelarse y la noche de anoche seguro llegamos al amanecer, por lo menos a las cinco de la mañana, pero: ¿dónde estaba ella?

Hice, como lo había decidido. Y regresé a la recámara para darle color a mi rostro: blanquear ojeras, entintar las pestañas y un poco de lápiz labial, incluso en las mejillas: reviví el rostro, aunque mi cerebro seguía a mil por hora. Un poco de maquillaje hace maravillas. Nadie pensaría que minutos antes: mi cara lucía como de fantasma. También piernas y rodillas, antes temblorosas: habían recobrado seguridad.

Sancho y el rocín ya no estaban: ¿el baño reparador todo lo habrá arreglado? En automático, volví a la ventana y miré: caballeros con armaduras, vestimentas y cascos, a pie, y a caballo otros; damas con vestidos largos, del cuello al piso, de gruesas telas de algodón o lana; además, cubríanse con sombreros la cabeza, algunas en carruajes o, con sombrillas, las que iban a pie.

Me retiré impresionada, caminando hacia atrás. Alguien tocó a la puerta y

preguntó: ¿Está aquí mi dueña, doña Dulcinea, en este siglo en el que he caído? Dadme vuestro permiso para invitaros a la fonda, tomaremos un poco de "algo más vaca que carnero", para revivir muertos. Luego caminaremos al Teatro para que todos os conozcan, y dejen de decir que no habéis existido.

Dicho tal; dos cosas me quedaron por hacer: dejar mi diario hasta donde había escrito la última línea de mi historia: El increíble viaje de Don Quijote al siglo XXI; y encaminarme a abrir la puerta...

CÓMO HAN CAMBIADO LOS TIEMPOS
CARLOS ALEJANDRO

Hoy es sábado y aquel era un avión de plástico, negro azabache, parecido a los de la II Guerra Mundial, de cuarenta centímetros de largo. Era guiado mediante un cordón que se enredaba en la hélice delantera. Un caballo volador. Funcionaba con un motor de aceite y gasolina. Mi padre lo compró en Lepanto, Texas, pero nunca pudo echarlo a andar. No hubo muchos intentos, pero de los dos o tres, ninguno funcionó. Supongo que mi padre ahora estaría fascinado con los drones modernos, si supiera de ellos, aunque son relativamente mucho más caros que lo que el viejo avión, costó en su tiempo. Las cosas han cambiado.

Nuestro vecino Paquito nunca tuvo un avión similar, aunque sus padres le compraron muchos juguetes. Comenzaron a mirarlo desde que era un bebé, cuando tuvieron que extirparle un riñón; el médico les advirtió que probablemente no llegaría a los seis años. El niño cumplió doce y luego los dieciocho, cuando se convirtió en un delincuente que terminó en la cárcel. Su padre se pegó un tiro cuando la madre lo abandonó por un hombre ciego al que le gustaba la poesía y podía recitar versos extensísimos de memoria. Los tiempos

llegaron a ser otros.

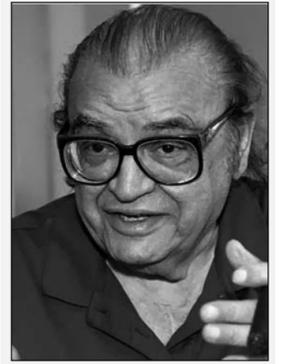
Pero antes de ello, Paquito tuvo un muñeco con la figura de Superman: llevaba amarrado un cordón que terminaba en un plástico que se colocaba en el techo y permitía volar al juguete dando círculos. Nunca supe si el muñeco llevaba batería; nunca tuve uno igual. Esos juguetes ya no existen.

A mi padre más bien le gustaban las máquinas y motores, los medios de transporte. Construyó una mesa de seis metros cuadrados con tres o cuatro ferrocarriles de juguete y sus vías. Regaló trenes a los sobrinos y el mío se lo regaló a mi hermana. A mí me compró una motocicleta a los siete u ocho años, una "Pony Carabela" negra azabache que me regaló una Navidad: al tanque le cabían seis litros de gasolina. Parece que esas motocicletas ya no las producen.

De adulto olvidé muchos de mis paseos en ella, excepto las vueltas que daba a la cuadra donde vivía la niña que me gustaba en primaria: la Dulce Inea. Nunca supe qué se hizo después de concluir el sexto grado. Alguna vez pensé en buscarla, luego de alguna separación mía; pero ni siquiera la existencia de Facebook fue suficiente. Supongo que se convertiría en una mujer bella, se casaría y tendría un palacio. Nunca tuve oportunidad de declararle mi amor. Estábamos muy chicos. Aunque los tiempos han cambiado.

Sé a quién le podría preguntar por ella. Aún mantengo algunos contactos con cuya ayuda podría ubicarla...

Es domingo... Ella se convirtió en aviadora... pero vuela poco, de Lepanto a Santiago. No hay muchas mujeres piloteando aeronaves. Pude verla en tres imágenes. Imposible no reconocerla, incluso treinta años después. Ahora usa anteojos -como yo- y tiene tres hijos. En ninguna fotografía aparece con su marido... ¿Estará casada, o podré invitarla a tomar un café?... No lo sé, pero como los tiempos han cambiado...



Mario Puzo

Reconocido como autor de célebres "Best Sellers", de los que sobresale la novela "El padrino" (1969), el escritor estadounidense descendiente de italianos Mario Puzo nació hace 97 años, el 15 de octubre de 1920, en la zona conocida como Hell's Kitchen, en Manhattan, Nueva York.

Su éxito internacional continúa vigente pues sus obras siguen siendo editadas, como es el caso de su novela "En tierras lejanas" (1964), que acaba de ser presentada en una nueva edición en español por la Editorial Navona, de España, con traducción de Ernesto Mallo, de acuerdo con información de la misma empresa.

Sus inicios como autor fue con historias del género "pulp" para revistas para caballeros, y fue hasta 1955 cuando fue publicada su primera novela, "Arena Sucia", y posteriormente la ya mencionada "En tierras lejanas", en 1964, con las que consiguió buenas críticas, pero pocas ventas.

Decidido a escribir algo que le dejara suficiente dinero para mantenerlo a él y a su familia, escribió una novela que narraba la historia de la familia Corleone y su vida en el mundo criminal, el texto fue titulado "El padrino" y fue lanzado en 1969.

Otras novelas salidas de su ingenio son "Los tontos mueren" (1978), "El siciliano" (1984), "La cuarta K" (1991) y "El último Don" (1996), por mencionar algunas; asimismo, cuenta con dos obras de no ficción, la autobiografía "Los documentos del padrino" (1971) y "Las Vegas por dentro" (1976).

Mario Puzo cuenta con varios guiones cinematográficos, como la trilogía de "El Padrino", con la cual consiguió dos premios Oscar, en 1972 y 1974.

De igual forma, entre otros trabajos que realizó el neoyorquino como guionista cinematográfico se encuentran "Terremoto" (1974) "Superman" (1978) y "Superman II" (1980).

Debido a un paro cardíaco, Mario Puzo falleció el 2 de julio de 1999 en su casa ubicada en West Bay Shore, Long Island. Un año después fue publicada su novela "Omerta" y en 2001 sucedió lo mismo con "Los Borgia", novela finalizada por su pareja sentimental, la también escritora Carol Gino.

Joana Bonet

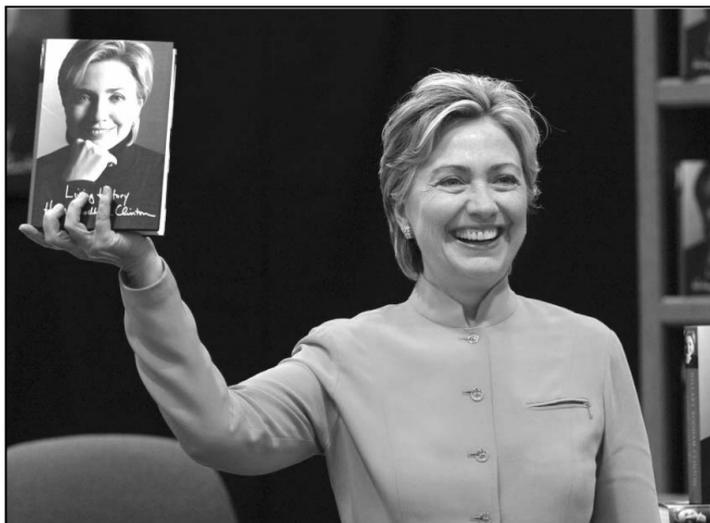
La tercera jornada laboral

Cuando estaba en plena campaña y todos la dábamos por ganadora, recuerdo que Carme Chacón me alertó de los obstáculos de Hillary Clinton: "Demasiado bótox. Nadie se cree su sonrisa, tan artificial. Eso juega en su contra, aparte de estar sobrepreparada". En verdad, el gesto concienzudo de la candidata a la presidencia con mayor pasado político se había convertido en una mueca congelada, mientras su excelencia curricular la lastraba: ya se sabe que las políticas sabiondas nunca han gustado. En cambio, entre los hombres, ni másters ni referencias abruman, te apellidos Macron o Trudeau.

El caso es que ahora Hillary Clinton, en su libro What happened (Simon & Schuster), ha reconocido que entonces le cayó encima un equipo de asesores de imagen empeñados en sacar su mejor rostro. Un total de 600 horas -el equivalente a 25 días- se entregó Clinton al contrachapado durante aquella campaña. Y hoy lo lamenta. El tan esgrimido argumento freudiano de la envidia del pene se

concreta hoy en la facilidad que los varones tienen a la hora de mostrarse en la escena pública. A Clinton no le sirvió de nada su sacrificio. Leía, escribía o llamaba por teléfono mientras le hacían las mechas o le tapaban las ojeras, porque el día en que no iba maquillada saltaban las alarmas: mala cara, enfermedad, decrepitud. Hace unos días confesaba a Paris Match que, cuando perdió, contra su propio pronóstico, tuvo que dar varios paseos por el bosque y hacer mucho yoga para recuperarse del shock: ella se había preparado, vestido y peinado para ganar, pero todo falló. Imagino que fue entonces cuando empezó a contar mentalmente las horas que pasó secuestrada en nombre de lo que Naomi Wolf definió a comienzos de los noventa como la tercera jornada laboral.

De jóvenes, a menudo pensamos que la coquetería es una forma de estar del lado de la luz, mientras que en la madurez importan más las sombras. Intentamos simplificar aquellos rituales de tocador, economizando tiempo y



dinero, sabedoras de que el mundo seguirá siendo igual de imprevisiblemente errático por mucho que te pintes los labios de rojo. Hoy se insiste en un oximoron ampliamente aceptado: maquillaje natural. "Buena cara", dicen los profesionales, aunque siempre vayan más allá y acaben teatralizando tus párpados. Las mujeres que no suelen maquillarse, como Ada Colau, desafían al estrecho corsé de la representación

femenina. No obstante, cuando en un plato de televisión les matizan los brillos y les elevan las pestañas, entran con mayor armonía no sólo en el guión, sino también en el imaginario universal, que nada tiene que ver con las tendencias de moda, ni por supuesto con la originalidad -siempre reñida con el poder-, sino con el dictado de una corrección que sigue cuestionando a aquellas mujeres públicas que se atreven a transgredirla.

ad pēdem literae

"Donde una puerta se cierra, otra se abre."

Miguel de Cervantes

Letras de buen humor

"Casi siempre que un matrimonio se lleva bien, es porque uno de los esposos manda y el otro obedece."

Gregorio Marañón